



INFANCIA Y JUVENTUD PERMANENTES DEL CRISTIANO

1ª Ponencia del XIV EFCSM 2019

P. Luis Guillermo Robles Prada, S. de J.

P. Luis Guillermo Robles Prada, Siervo de Jesús, es licenciado en Filosofía por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Ejerció varios años su ministerio en España y desde 2009 es el Rector de la Casa de Formación de los Siervos de Jesús en Roma.

© 2019. **Fundación Maior**

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación Maior, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

INFANCIA Y JUVENTUD PERMANENTES DEL CRISTIANO

INTRODUCCIÓN

A ti, Yahveh, me acojo, ¡no sea confundido jamás!
¡Por tu justicia sálvame, libérame!
tiende hacia mí tu oído y sálvame!
¡Sé para mí una roca de refugio, alcázar fuerte que me salve,
pues mi roca eres tú y mi fortaleza.
¡Dios mío, líbrame de la mano del impío,
de las garras del perverso y del violento!
Pues tú eres mi esperanza, Señor, Yahveh,
mi confianza desde mi juventud.
En ti tengo mi apoyo desde el seno,
tú mi porción desde las entrañas de mi madre;
¡en ti sin cesar mi alabanza!"

(Salmo 70 [71])

Esta ponencia se inspira principalmente en dos textos de Hans Urs von Balthasar: el apartado B (“El todo en el fragmento”) de la sección cuarta (“Integración en la Palabra”) del libro *El todo en el fragmento* (=TF)¹; y el artículo *Improvisación sobre el Espíritu Santo y el futuro* (=IESF)² que forma parte del volumen *Spiritus Creator* de los Ensayos Teológicos.

Comienzo con una imagen literaria para dar una idea de lo que intentaremos tratar:

“Pero no me ha preguntado cuál es el tema de mi conferencia. Voy a tomar el texto en que se habla de crecer hasta la medida de la edad cumplida de Cristo (cf. Ef 4,13), y a desarrollar una idea en la que, seguramente, estará usted interesado. Voy a poner de manifiesto cómo la gente suele olvidar que Jesús (en este momento el fantasma inclinó la cabeza) era un hombre relativamente joven cuando murió. Como usted comprenderá, él habría superado algunas de sus primeras ideas, si hubiese vivido más tiempo Y hubiese vivido más tiempo si hubiese tenido un poco más de tacto y paciencia. Voy a pedir a mi audiencia que piense cuáles habrían sido sus ideas en la madurez. Se trata de un problema extraordinariamente interesante. ¡Qué cristianismo tan diferente podríamos haber tenido por el simple hecho de que su Fundador hubiera alcanzado la plena madurez! Terminaré señalando como ahonda todo esto la importancia de la crucifixión. Uno se da cuenta por vez primera que desastre fue, que trágico desperdicio... una gran promesa interrumpida”.

(C.S. Lewis, *El gran divorcio*, RIALP 1997, 61-62 [inglés, *The Great Divorce*, Harper Collins 2002, 43-44])

¹ Balthasar, Hans Urs von, *El todo en el fragmento*, Encuentro, Madrid 2008, 250-282.

² Balthasar, Hans Urs von, *Improvisación sobre el Espíritu Santo y el Futuro*, en *Spiritus Creator*, Cristiandad-Encuentro, Madrid 2005, 115-146.

Aquí habla el fantasma de quien en vida fue obispo anglicano, con ideas muy liberales. Ahora reside en lo más hondo del purgatorio; no conservó su infancia y juventud espiritual, por eso necesita estar allí, para aprender a recibir la salvación como un niño (cf. Mc 10,15). Habla con un santo, que conoció en vida, y que ha venido a ayudarlo a progresar en su purificación. El fantasma está preparando una conferencia para el Décimo Encuentro Fe Cristiana y Servicio al Purgatorio. Su tesis es ésta: Si Cristo hubiese sido más prudente, habría vivido más tiempo, habría envejecido y sus ideas habrían “madurado”. Es decir, no serían tan atrevidamente juveniles – o incluso tan imprudentemente infantiles – por ejemplo, en el sermón de la montaña: “mirad las aves del cielo, que no siembran y no cosechan... y vuestro Padre celestial las alimenta” (Mt 6,26). Si Cristo hubiese llegado a viejo el cristianismo hubiese sido algo muy diferente, mucho más fácil de vivir, una especie de cristianismo “light”.

Pues bien, Cristo no fue “más prudente”, su misión no se lo permitió; por eso no llegó a viejo, no envejeció (al máximo podemos decir que llegó a ser un “adulto joven”). Para poderlo seguir es necesario permanecer niños y jóvenes en nuestro espíritu, por la fuerza de su Espíritu, el Espíritu Santo que nos llena de esperanza:

El Dios de la esperanza os colme de todo gozo y paz en vuestra fe, hasta rebosar de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo. (Rm 15,13)

Sin el Espíritu Santo que nos llena de esperanza no es posible permanecer niños y jóvenes en el espíritu. Es un don que viene “de arriba”, no algo que se pueda alcanzar con esfuerzos puramente humanos. Sin esperanza nos volvemos inmediatamente viejos (todo lo que vale la pena queda atrás, en el pasado), triunfa en nosotros el hombre viejo. Pero esa no es nuestra vocación:

Despojaos del hombre viejo con sus obras, y revestíos del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador. (Col 3,9-10)

¿Qué es la esperanza? Como se trata de permanecer jóvenes, partamos de la definición de la esperanza en el catecismo para jóvenes **Youcat**:

305 ¿Cuáles son las tres virtudes teologales?

Las virtudes teologales son fe, esperanza y caridad. Se llaman "teologales" porque tienen su fundamento en Dios, se refieren inmediatamente a Dios y son para nosotros los hombres el camino para acceder directamente a Dios. [ver Catecismo de la Iglesia Católica 1812-1813,1840]

308 ¿Qué es la esperanza?

La esperanza es la virtud [es decir, la fuerza] por la que anhelamos, con fortaleza y constancia, aquello para lo que estamos en la tierra: para alabar y servir a Dios; aquello en lo que consiste nuestra verdadera felicidad: encontrar en Dios nuestra plenitud; y [el lugar] en donde está nuestra morada definitiva: Dios. [ver Catecismo de la Iglesia Católica 1817-1821,1843]

La esperanza es confianza en lo que Dios nos ha prometido en la Creación, en los profetas y especialmente en Jesucristo, aunque todavía no lo veamos.

Para que podamos esperar con paciencia la verdad se nos da el Espíritu Santo de Dios.

Fundamento bíblico de esta última afirmación:

La esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado. (Rm 5,5)

La oración del Padre Nuestro es como un resumen de lo que esperamos. También las Bienaventuranzas³ son expresión de la esperanza. En ellas aparece claramente el sentido de promisión (promesa) presente en la esperanza: el futuro que sostiene el presente; confiamos en lo que Dios nos promete. (Cf. IESF 115-116)

Pasado, presente, futuro conforman la esperanza: Dios ha estado, está, estará presente en mi vida, en nuestra vida; en la vida del pueblo de Israel, en la vida de la Iglesia.

Es muy importante recordar la relación entre la gran esperanza cristiana y nuestras pequeñas (y medianas) esperanzas:

Nosotros necesitamos tener esperanzas –más grandes o más pequeñas–, que día a día nos mantengan en camino. Pero sin la gran esperanza, que ha de superar todo lo demás, aquellas no bastan. Esta gran esperanza sólo puede ser Dios.

(Benedicto XVI, *Spe Salvi* 31. Cf. 3; 30; 33; 35; 39)

El cristiano está llamado, con la fuerza de la esperanza que le da el Espíritu Santo, a permanecer niño, a permanecer joven, porque ser cristiano es seguir a Cristo –que nunca abandona su infancia y su juventud– movido por el Espíritu Santo –que es siempre novedad– hacia el Padre –que es eternamente joven y fecundo–:

La infancia del Hijo [hecho hombre es] el reflejo de la eterna novedad de toda la vida trinitaria, es decir, de la plenitud eternamente joven y capaz de generación del Padre y del «más joven» en Dios: el Espíritu. (TF 267).

El Hijo siempre está naciendo del Padre, por eso es siempre niño y es siempre joven. El Espíritu Santo siempre está procediendo del Padre y del Hijo, por eso es siempre joven; es siempre novedad, imprevisibilidad, creatividad. (Cf. IESF 123)

El comercio mutuo de Padre e Hijo siempre es presencia, y perennemente, de este presente siempre surge, como de improviso, el Espíritu Santo como “futuro”. Es lo que corresponde, lo que sobreviene a su amor, el “todavía más” de lo que en la pura reciprocidad parecía esperable, lo siempre nuevo, joven y fructífero en Dios. (IESF 124)

³ Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Bienaventurados seréis cuando os injurien, y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros. (Mt 5,3-12)

Jesús, la Palabra de Dios encarnada, nos muestra lo que verdaderamente somos ante Dios y en Dios; nos lo muestra con toda su vida, también con su infancia y su juventud permanentes:

La Palabra de Dios ha caminado a través del tiempo; a lo largo de todo su camino ha sido palabra y revelación del Padre, pero también ha sido revelación de la verdad del ser humano. Dios quiso hacerse ver en esta peregrinación; pero también quiso manifestarse a sí mismo como Palabra eterna al hombre, y, por eso, quiso mostrar, no sólo de una manera accidental, sino necesaria y como respuesta, lo que el hombre es ante Dios y en Dios. (TF 254)

Ante Dios y en Dios somos niños y jóvenes. Jesús nos entregó su Espíritu, Espíritu de infancia y juventud, para que, rebosando de esperanza (cf. Rm 15,13) seamos hijos, niños y jóvenes, como él:

Cristo ha realizado lo nuevo para nosotros. El Espíritu Santo lo pone a nuestra disposición, como un espacio nuevo, abierto; pero nosotros debemos creer, obedecer, dejarnos en sus manos, dejarnos conducir hacia lo alto (IESF 144)

Es decir, hay que colaborar con la acción del Espíritu en nosotros, con la confianza que nos da la esperanza. En esta apertura fiel a la novedad del Espíritu Santo radica la perenne infancia y juventud de la Iglesia y del cristiano: “la actitud del cristiano [...] es la actitud de un hombre que está ante la vida” (TF 274).

I. LA INFANCIA PERMANENTE DEL CRISTIANO

Señor, mi corazón no es ambicioso,
ni mis ojos altaneros;
no pretendo grandezas
que superan mi capacidad;
sino que acallo y modero mis deseos,
como un niño en brazos de su madre.
Espere Israel en el Señor
ahora y por siempre.

(Salmo 130 [131])

A menudo, precisamente en los períodos más oscuros, el Espíritu ha suscitado la santidad más luminosa. Porque Él es el alma de la Iglesia, siempre la reanima de esperanza, la colma de alegría, la fecunda de novedad, le da brotes de vida. Como cuando, en una familia, nace un niño: trastorna los horarios, hace perder el sueño, pero lleva una alegría que renueva la vida, la impulsa hacia adelante, dilatándola en el amor. De este modo, el Espíritu trae un “sabor de infancia” a la Iglesia. Obra un continuo renacer.

(Francisco, Homilía de Pentecostés, 20 mayo 2018)

1. Hacerse como los niños

Sobre esta parte no debería ser necesario profundizar mucho, pues ya hubo un EFCSM, el VI, que se tituló “Si no os hacéis como este Niño”, y cuyas actas se pueden consultar en la página web de la Fundación Maior. En la primera ponencia se citaba este texto de Balthasar.

La Palabra eterna de Dios fue una vez niño, y por eso ha seguido siendo siempre un niño. Se hizo un hijo de hombre, porque no fue nunca ni será nunca otra cosa que el niño eterno del Padre. Y puesto que fue una vez hijo de hombre, puede manifestar siempre su eterna infancia en una forma humana, comprensible a los hombres. (TF 259)

La fuente que ha empezado a manar aquí brota del eterno misterio de la infancia de Dios, y a través del eterno misterio de la infancia de Cristo se vuelve eterna infancia entregada al hombre: esperanza eterna. (TF 266)

Sin comprender y recibir la infancia de Cristo, no se puede recibir y vivir la gran esperanza de la que hablábamos en la introducción:

Yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos (Mt 18,3)⁴

⁴ “Dejad que los niños vengan a mí, no se lo impidáis, porque de los que son como éstos es el Reino de Dios. Yo os aseguro: el que no reciba el Reino de Dios como niño, no entrará en él”. (Mc 10, 14-15 = Lc 18, 16-17).

Es tan necesario este hacerse como niños, que incluso en la iconografía de la “Dormición de la Virgen” (la Asunción), María es representada subiendo al cielo como una niña, en brazos de su Hijo Jesús. Para cambiar y hacerse como los niños es necesario volver a nacer:

Jesús respondió [a Nicodemo]: «En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de lo alto no puede ver el Reino de Dios.» Le dice Nicodemo: «¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo? ¿Puede acaso entrar otra vez en el seno de su madre y nacer?» Respondió Jesús: «En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. (Jn 3,3-5)

Hay que hacer algo que, según las capacidades naturales, no se podría hacer: nacer de nuevo, ser engendrado de nuevo, por la fuerza del Espíritu Santo (recibida en el agua del Bautismo), para ser hijo en el Hijo. Ser engendrado “de lo alto”, por el Padre; a una esperanza viva:

"Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo quien, por su gran misericordia, mediante la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha reengendrado a una esperanza viva, a una herencia incorruptible, inmaculada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros," (1 Pe 1,3-4)⁵

2. Algunas características de la infancia espiritual

Podemos señalar mediante una comparación entre la infancia natural y la infancia espiritual, algunas características de la infancia permanente del cristiano. Aquí hay que hacer una advertencia: al considerar en la comparación al niño según la carne tenemos que fijarnos en lo que debería ser, en su verdad ideal, que no siempre se concretiza. Los niños también pueden ser crueles, déspotas, maleducados, etc.; pueden haber crecido prácticamente abandonados. Pero...

Cada niño empieza en el mismo punto: en la novedad absoluta del ser, en el mismo asombro absoluto, que es el acto fundamental de la filosofía: y entra en el mismo juego, que es la superioridad perfecta sobre todas las cosas, pero en ellas, sin ningún distanciamiento frío y resignado respecto a ellas. Cada niño conoce o debería conocer la seguridad absoluta en el seno de su madre, de su padre, de su familia; y toda la obra y los sufrimientos posteriores del adulto deberían alimentarse de las riquezas inagotables de esta seguridad. Cada niño concibe, o debería concebir, su habla como respuesta a una palabra de amor que le despierta, como un agradecimiento tan natural que no tiene la menor necesidad de ser pronunciado. (TF 268)

En lo que sigue, entonces, hay que tener en cuenta lo que debería ser, y que gracias a Dios muchas veces también es.

a. *En el vientre materno* (Cf. TF 259-262)

Aquí podemos pensar en Jesús en el vientre de María, entre la Anunciación y su nacimiento y también en cualquier niño en el vientre de su madre. El niño está a la vez indefenso y bajo el mejor cuidado que se pueda desear, el de su madre. El niño está confiado, completamente despreocupado.

⁵ “Nos engendró por su propia voluntad, con Palabra de verdad, para que fuésemos como las primicias de sus criaturas.” (St 1,18)

Algo de esto debe ser permanente en nosotros, que estamos protegidos en el vientre de nuestra madre, la Iglesia, que cuida de nosotros hasta darnos a luz al cielo. Estamos protegidos por la providencia de Dios nuestro Padre, es el Espíritu Santo quien nos enseña a clamar “Abbá, Padre” (Gal 4,6). Hay que pedir la gracia de vivir con esta confianza-esperanza básica, que nos sostiene en todas nuestras luchas.

b. *El sueño* (Cf. TF 262-263)

Jesús duerme en la barca en medio de la tempestad; si los discípulos lo despiertan es por falta de fe (cf. Mt 8,23-27). Ser como niños mientras se duerme es quizá lo más fácil; aunque a veces lo difícil es dormirse, porque no logramos abandonarnos indefensos como un niño, confiados en nuestro Padre celestial. Hay que aprender, guiados por el Espíritu Santo, a abandonarnos a su voluntad, que prepara para nosotros lo mejor.

c. *El juego* (Cf. TF 263-264)

En el libro de los Proverbios habla en primera persona la Sabiduría (que puede ser interpretada como una figura del Hijo de Dios, o también del Espíritu Santo). Dice, refiriéndose a cuando Dios creaba el mundo:

Yo estaba allí, como arquitecto, y era yo todos los días su delicia, jugando en su presencia en todo tiempo, jugando por el orbe de su tierra; y mis delicias están con los hijos de los hombres. (Pr 8, 30-31)

El juego humano es una cosa misteriosa, viene “de arriba”, es algo eterno; al mismo tiempo viene de abajo, pues una buena parte de los mamíferos somos juguetones. Cuando un adulto juega, si juega de corazón, se ve que tiene todavía algo de niño.

El juego sólo conoce una regla: él mismo; el que no la conoce, se excluye por sí mismo, es demasiado viejo para jugar; se ha perdido demasiado lejos del origen vertiginoso de la vida, por los campos de la árida y estática razón. (TF 264)

A veces nos hacemos demasiado adultos para jugar. P. ej., cuando alguien está jugando a algo, pero sin ganas, sin participar realmente. O con las nuevas tecnologías, con supuestos juegos en el móvil en los que hay que pagar para poder ganar (“pay to win”). O quien se dopa para ganar, soborna para ganar, purga al adversario para ganar, etc. En todo esto se ve que a uno no le gusta jugar, sino ganar; se ha perdido la infancia.

En cambio quien juega como un niño disfruta, confía y espera, sabe que lo mejor está por llegar.

d. *La contemplación* (Cf. TF 264-265)

Jesús niño se ocupa de las cosas de su Padre (cf. Lc 2,49). Todo niño “es un maestro en el arte de la contemplación” (TF 264). Abre los ojos, grandes como platos, ante la realidad. Al principio el niño no puede expresarse, primero tiene que escuchar y mirar; “esta pobreza, la más profunda, constituye el modo y el presupuesto necesario para una verdadera contemplación” (ibíd.). Para la contemplación del mundo y para la contemplación de la Palabra de Dios hecha hombre, donde también primero hay que escuchar y mirar, como un niño, hay que ser pobre, reconocer que uno está necesitado, y con esperanza confiada esperar recibir lo que se necesita.

La contemplación de la Palabra de Dios y la contemplación del mundo, de la creación, van de la mano, por eso, en su infancia permanente:

El cristiano es el eterno guardián del asombro metafísico con que comienza la filosofía, y en cuya continuación ésta subsiste y vive⁶.

Esta maravillada mirada infantil es la mirada nueva (contrapuesta a la mirada vieja), que permite contemplar, lleno de esperanza y confianza, un mundo diferente. Es el Espíritu Santo quien nos concede esta mirada maravillada que contempla el mundo y la Palabra de Dios.

e. *La pasión* (Cf. TF 265-266)

¿Qué tiene que ver la infancia con la pasión? En Mc 9,30-37, Jesús anuncia su pasión a los discípulos, estos se ponen a discutir quién es el más grande, y Jesús, tomando a un niño les dice: “el que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe; y el que me reciba a mí, no me recibe a mí sino a Aquel que me ha enviado”. Sólo recibiendo a Jesús como niño se puede recibir el anuncio de su pasión.

Hay una gran tradición que sabe algo de esta unidad misteriosa entre infancia y sufrimiento: Al niño Jesús se le representa amortajado. O se le representa jugando con los instrumentos de la pasión. Santa Teresita se llama “Teresa del niño Jesús y de la santa faz”, y algo supo de lo que significa sufrir como niño. Según Peguy los santos inocentes juegan con sus palmas y sus coronas.

Podemos pensar también en otros niños mártires. Sólo con la fuerza del Espíritu Santo, que el Hijo nos ha dado desde la Cruz, es posible sufrir con esperanza y confianza, como hijo, como el Hijo: “Padre, en tus manos encomiendo mi Espíritu” (Lc 23,46).

- * -

Lo que hemos visto son sólo algunas características de la infancia permanente que Cristo nos ha entregado al donarnos su Espíritu. Se podría pensar en muchas otras, por ejemplo en la facilidad con que los niños piden perdón y otorgan perdón.

3. El infantilismo

Hay que advertir que existe una forma de ser infantil que no es cristiana. Dice San Pablo a los Efesios:

Él mismo dio a unos el ser apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelizadores; a otros, pastores y maestros, para el recto ordenamiento de los santos en orden a las funciones del ministerio, para edificación del Cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo. Para que no seamos ya como niños, llevados a la deriva y zarandeados por cualquier viento de doctrina, a merced de la malicia humana y de la astucia que conduce engañosamente al error. (Ef 4, 11-14)

Para no caer en el infantilismo caprichoso, es necesario vivir con una forma eclesial, que viene conformada por la disciplina eclesial. Esta forma, esta disciplina, no excluyen la novedad, la verdadera creatividad que viene del Espíritu Santo.

⁶ Balthasar, Hans Urs von, *Gloria V. Metafísica. Edad Moderna*. Encuentro, Madrid 1988, 595.

En la segunda parte de la conferencia tendremos que volver sobre esto, porque también hay un modo no cristiano de permanecer joven. En cambio la juventud permanente del cristiano adulto permite evitar el infantilismo:

La juventud del cristiano, aunque sea muy viejo, excluye que su infancia se convierta en infantilismo en la vejez. Lo que le mantiene joven es la juventud de la Palabra de Dios, la llama que arde en el Evangelio e impide que la Palabra de Cristo se encuentre a sus anchas en el mundo desencantado de los adultos. (TF 272)

II. LA JUVENTUD PERMANENTE DEL CRISTIANO

Bendice a Yahveh, alma mía,
no olvides sus muchos beneficios.
Él, que todas tus culpas perdona,
que cura todas tus dolencias,
rescata tu vida de la fosa,
te corona de amor y de ternura,
satura de bienes tu existencia,
mientras tu juventud se renueva como el águila.

(Sal 102 [103])

*Te despojarás de tu hombre viejo,
como el águila se despoja de su vejez.
(Orígenes).*

El Espíritu mantiene joven el corazón – esa renovada juventud. La juventud, a pesar de todos los esfuerzos para alargarla, antes o después pasa; el Espíritu, en cambio, es el que previene el único envejecimiento malsano, el interior. ¿Cómo lo hace? Renovando el corazón, transformándolo de pecador en perdonado. [...] Reaviva el amor de los comienzos. El Espíritu recuerda a la Iglesia que, a pesar de sus siglos de historia, es siempre una veinteañera, la esposa joven de la que el Señor está apasionadamente enamorado.

(Francisco, Homilía de Pentecostés, 20 mayo 2018)

1. ¿Juventud permanente del cristiano?

Que el cristiano necesite mantener una infancia permanente está fuera de discusión. Las palabras del Señor son clarísimas. En cambio, en lo referente a la juventud permanente, las cosas no son tan inmediatamente evidentes.

La existencia cristiana no es simplemente la niñez, sino también, en un sentido ultratemporal y, sin embargo, completamente humano, la juventud. El cristiano se encuentra, en efecto, en el umbral de la vida, donde todo se abre, todo promete, todo sufre una transfiguración profunda. [...] Precisamente en este punto nos revela la Palabra de Dios su eterna fuerza juvenil. Ella es joven por naturaleza; no se limita a arrastrar a un entusiasmo pasajero, sino que comunica sustancialmente el Espíritu que lo hace todo nuevo. Es también, inseparablemente, el Espíritu de Jesús, que fue joven una vez y lo sigue siendo para siempre. (TF 270-271)

El Señor, comunicándonos su Espíritu que “hace todo nuevo”, nos comunica su juventud permanente:

Por eso no desfallecemos. Aun cuando nuestro hombre exterior se va desmoronando, el

hombre interior se va renovando de día en día. (2 Cor 4,16)

Podemos entender esta juventud permanente a partir de la oposición que hace San Pablo entre el hombre viejo y el hombre nuevo: “Despojaos del hombre viejo con sus obras, y revestíos del hombre nuevo”. (Col 3, 9). San Juan Pablo II lo explicó así a los jóvenes de Sicilia:

Jóvenes en Cristo no se nace, sino que se llega a ser. Uno se va haciendo cristiano toda la vida. Os lo digo por mi experiencia personal. No es cuestión de edad, sino de corazón; es cuestión de fe, de esperanza y de caridad; es cuestión de “renacer de lo alto” (Jn 3, 7), de su iniciativa, de su amor, del amor de Dios, que quema como el fuego a nuestro hombre viejo. Sí, también en ustedes, jóvenes, hay algo de este hombre viejo. El amor de Dios quema este hombre viejo. Es necesario comenzar este trabajo, esta colaboración con Jesús, *quam primum* (lo más pronto posible). El amor de Dios infunde en nosotros su eterna juventud y nos rejuvenece siempre. Así me explico como yo también puedo ser un poco joven.⁷

(S. Juan Pablo II a los jóvenes de Sicilia, 9 mayo 1993)

Hay una relación de este rejuvenecer con los sacramentos: con el Bautismo (hay que renacer de lo alto, por el agua y el Espíritu), también con la Confesión (el perdón renueva el corazón), y con la Eucaristía (recibiendo el cuerpo de Cristo, recibimos su fuerza, somos renovados). Si el Bautismo es principalmente el sacramento del nacimiento, de la infancia, la Confesión y la Eucaristía son los sacramentos del rejuvenecimiento (cf. TF 274). La oración de la Iglesia nos invita a alegrarnos por el don de la renovada juventud del espíritu:

Señor, haz que tu pueblo viva siempre en la alegría al ver renovada la juventud de su espíritu, y que el gozo de haber recobrado la dignidad de la adopción divina le dé la firme esperanza de resucitar un día a la verdadera felicidad. (Liturgia de las Horas, Oración Martes VI de Pascua)⁸

2. La juventud permanente de los santos

Los evangelios no nos hablan de la juventud de Cristo. El P. Balthasar propone dos maneras de tener un acceso a la permanente juventud de Cristo (cf. TF 269-271). Una, muy personal, es recordar lo mejor de nuestra juventud, aquello que no fue oscurecido por el pecado. La segunda vía es más objetiva, considerar a los santos como ejemplo de lo que es ser joven en Cristo:

Se puede observar de una manera concreta la verdadera juventud de la Palabra en los santos, que viven todos ellos de la Palabra de Dios. (TF 271) Encontraron la Palabra joven, que les pasó su misma juventud eterna. Su juventud es sólo reflejo y prueba de la juventud de la Palabra que les animaba y les anima. (TF 275)

⁷ “*Giovani in Cristo non si nasce, ma si diventa*. Cristiano si diventa in tutta la vita. Ve lo dico per la mia personale esperienza. Non è questione di età, ma di cuore; è questione di fede, di speranza e di carità; è questione di “rinascere dall’alto” (Gv 3, 7), dalla sua iniziativa, dal suo amore, dall’amore di Dio, che brucia come il fuoco il nostro uomo vecchio. Sì, anche in voi, giovani, c’è un po’ di questo uomo vecchio. L’amore di Dio brucia questo uomo vecchio. Bisogna cominciare questo lavoro, questa collaborazione con Gesù, “*quam primum*”. L’amore di Dio infonde in noi la sua eterna giovinezza ci ringiovanisce sempre. Così mi spiego come anche io posso essere un po’ giovane.” Traducción propia, no hay versión oficial en español.

⁸ “Bendito seas, Señor, Dios todopoderoso, que te has dignado bendecirnos y transformarnos interiormente en Cristo, agua viva de nuestra salvación; haz, te pedimos, que los que nos protegemos con la aspersión o el uso de esta agua, sintamos, por la fuerza del Espíritu Santo, renovada la juventud de nuestra alma y andemos siempre en una vida nueva”. (Bendición Romano. Bendición del agua fuera de la misa)

Podemos hacernos una idea de cómo los santos han recibido la juventud de Cristo (y de cómo podemos recibirla también nosotros) ayudándonos de un par de secciones de *Gaudete et exsultate*, en las que el Papa Francisco nos exhorta a la santidad:

a. *Alegría y sentido del humor (Gaudete et exsultate 122-128)*

El cristiano está llamado a vivir «el gozo en el Espíritu Santo» (Rm 14,17), a recibir la Palabra de Dios «con gozo del Espíritu Santo aún en medio de muchas tribulaciones». (1Ts 1,6)

María, que supo descubrir la novedad que Jesús traía, cantaba: «Se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador» (Lc 1,47) y el mismo Jesús «se llenó de alegría en el Espíritu Santo» (Lc 10,21). Cuando él pasaba «toda la gente se alegraba» (Lc 13,17). (*Gaudete et exsultate* 124)

Esta alegría, que nos mantiene jóvenes en el espíritu, surge de la esperanza que el Espíritu Santo nos infunde; por ella confiamos que se cumplirá lo que Jesús nos ha prometido: «Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud» (Jn 15,11). Aún en los momentos más duros de la vida esta alegría sobrenatural «permanece al menos como un brote de luz que nace de la certeza personal de ser infinitamente amado, más allá de todo». (Francisco, *Evangelii Gaudium*, 6)

Esta alegría tiene un fuerte sentido de comunión: «Dios ama al que da con alegría» (2 Co 9,7); «alegraos con los que están alegres» (Rm 12,15). Un joven sano no se cierra en sí mismo, quiere estar con otros, ayudar, compartir; piensa en los demás.

Para vivir la alegría ayuda el sentido del humor. El Papa menciona el buen humor de algunos santos particularmente alegres: San Francisco de Asís, San Felipe de Jesús, Santo Tomás Moro⁹, quien incluso ante el verdugo supo hacer una buena broma. De San Ignacio se decía que era “un españolito pequeño, algo cojo, que tiene los ojos alegres”¹⁰.

b. *Audacia y fervor (“parresía”) (Gaudete et exsultate 129 a 139)*

Esa actitud llena de coraje que suscitaba el Espíritu Santo en los apóstoles y los llevaba a anunciar a Jesucristo. Audacia, entusiasmo, hablar con libertad, fervor apostólico, todo eso se incluye en el vocablo *parresía* [...] la libertad de una existencia que está abierta, porque se encuentra disponible para Dios y para los demás. (*idem* 129)

El Espíritu Santo dona esta actitud juvenil, llena de esperanza. Mueve a los santos, y quiere movernos a nosotros, para que, dejando nuestra comodidad, superando nuestros miedos¹¹ y nuestros cálculos, nos pongamos al servicio de Dios y de los demás.

⁹ Cita la oración que se le atribuye: «Concédeme, Señor, una buena digestión, y también algo que digerir. Concédeme la salud del cuerpo, con el buen humor necesario para mantenerla [...] Dame, Señor, el sentido del humor. Concédeme la gracia de comprender las bromas, para que conozca en la vida un poco de alegría y pueda comunicársela a los demás. Así sea».

¹⁰ Gonçalves da Câmara, Luis, *Memorial*, 22 febrero 1555.

¹¹ El Espíritu libera los corazones cerrados por el miedo. Vence las resistencias. A quien se conforma con medias tintas, le ofrece ímpetus de entrega. Ensancha los corazones estrechos. Anima a servir a quien se apoltrona en la comodidad. Hace caminar al que se cree que ya ha llegado. Hace soñar al que cae en tibieza. He aquí el cambio del corazón. Muchos prometen períodos de cambio, nuevos comienzos, renovaciones portentosas, pero la experiencia enseña que ningún esfuerzo terreno por cambiar las cosas satisface plenamente el corazón del hombre. El cambio del Espíritu es diferente: no revoluciona la vida a nuestro alrededor, pero cambia nuestro corazón; no nos libera de repente de los problemas, pero nos hace libres por dentro para afrontarlos; no nos

Porque no nos dio el Señor a nosotros un Espíritu de timidez, sino de fortaleza, de caridad y de templanza (2 Tim 1,7)

Es verdad que tendemos a cerrarnos, a ser falsamente prudentes, en resumen, a envejecer:

Siempre llevamos latente la tentación de huir a un lugar seguro que puede tener muchos nombres: individualismo, espiritualismo, encerramiento en pequeños mundos, dependencia, instalación, repetición de esquemas ya prefijados, dogmatismo, nostalgia, pesimismo, refugio en las normas. Tal vez nos resistimos a salir de un territorio que nos era conocido y manejable. (*Gaudete et exultate* 134)

Así se pierde el sano “idealismo” – incluso se podría decir optimismo – de la juventud, que con una mirada nueva, busca un mundo diferente:

La costumbre nos seduce y nos dice que no tiene sentido tratar de cambiar algo, que no podemos hacer nada frente a esta situación, que siempre ha sido así y que, sin embargo, sobrevivimos. A causa de ese acostumbrarnos ya no nos enfrentamos al mal y permitimos que las cosas «sean lo que son», o lo que algunos han decidido que sean. Pero dejemos que el Señor venga a despertarnos, a pegarnos un sacudón. (*idem* 137)

El Señor nos sacude también con el ejemplo de los santos y de los mártires, que no huyen, no se resignan. Llenos de esperanza, con juvenil audacia, se ponen a disposición del Espíritu Santo para recibir los dones siempre nuevos y sorprendentes que él quiere donar a la Iglesia.

Aquí hay que recordar a María, que le dijo que sí al ángel siendo muy, pero muy joven, en su cuerpo y en su espíritu. No piensen que ya tenía 18 años, ni que se comportase como si tuviese 60.

De la esperanza de estas personas [los mártires, los santos] tocadas por Cristo ha brotado esperanza para otros que vivían en la oscuridad y sin esperanza. [...] Para nosotros, que contemplamos estas figuras, su vida y su comportamiento son de hecho una «prueba» de que las realidades futuras, la promesa de Cristo, no es solamente una realidad esperada sino una verdadera presencia. (Benedicto XVI, *Spe Salvi* 8)

3. Apertura a la novedad

En el ejemplo de los santos aparece continuamente la apertura de un corazón joven a la novedad que trae el Espíritu Santo. La esperanza es promesa, y al mismo tiempo “verdadera presencia” que continuamente crea futuro, regalando nuevos dones al creyente y a la Iglesia.

El regalo del Espíritu proporciona al creyente espacios abiertos, lo dota de poderes que él, dichoso y sorprendido, puede emplear y distribuir, en el sentido del amor. El amor abre espacios donde no los había, abre caminos, da fuerzas. Y esto lo puede hacer porque en él hay siempre una promisión. Al llegar crea futuro, y no precisamente vacío, sino un futuro que se cumple sin cesar y al cumplirse promete nuevas cosas. El amor es esencialmente creador. Pues bien, todas estas cosas son precisamente las características del Espíritu Santo. (IESF 141-142)

Pensar en todas las novedades que Cristo instituyó (respecto al Antiguo Testamento). También a las que van siendo donadas a la Iglesia con el paso de los siglos, las “innovaciones” católicas. Por ejemplo todas las clarificaciones dogmáticas. O también, en la oración, el Ave María (s. IV la

da todo inmediatamente, sino que nos hace caminar con confianza, haciendo que no nos cansemos jamás de la vida. (Francisco, Homilía de Pentecostés, 20 mayo 2018).

primera parte, basada en el Evangelio, s. XIV la segunda parte), el Rosario (difícil establecer sus orígenes, pero no es anterior a la orden benedictina y ha ido cambiando varias veces, el último cambio en 2002), el Vía Crucis (s. XIV) las grandes reformas litúrgicas (y las innumerables pequeñas reformas), el Breviario, su reorganización. Por no hablar de los sacramentos: la posibilidad de confesarse frecuentemente, la misa diaria, las condiciones para la validez del sacramento del matrimonio. Y las novedades en la vida consagrada: Monjes, reformas de monjes; frailes, reformas de frailes; jesuitas, ordenes inspiradas a los jesuitas; Sociedades de Vida Apostólica, Institutos Seculares, nuevas formas de vida consagrada. Y para colmo, prelaturas personales y movimientos...

Las novedades en la Iglesia siempre han sido motivo de escándalo y cisma. Ortodoxos, protestantes, lefebvrianos, y los de ahora, que todavía no tienen nombre. Ante esto una advertencia del P. Balthasar: “quien sabe ya todo con pelos y señales no recibe más conocimientos del Espíritu Santo” (IESF 131). Y una mucho más grave del Señor:

Nadie echa un remiendo de paño sin tundir en un vestido viejo, porque lo añadido tira del vestido, y se produce un desgarrón peor. Ni tampoco se echa vino nuevo en odres viejos; pues de otro modo, los odres revientan, el vino se derrama, y los odres se echan a perder; sino que el vino nuevo se echa en odres nuevos, y así ambos se conservan. (Mt 9,16-17 par. Mc 2,21-22 par. Lc 5,37-38)

Hay que pedir un corazón joven, una mente joven, ser “nuevos” para poder acoger – sin desgarrarse, sin reventar – las novedades que el Espíritu Santo dona a la Iglesia.

No es cristiano en modo alguno envejecer frente a la Palabra, ir tomando progresivamente conocimiento de ella y, en consecuencia, contentarse con lo que ya es conocido; como si fuera posible conseguir un señorío técnico sobre la Palabra (correspondiente a los métodos de trabajo de las personas adultas). La verdad, en cambio, consiste en someterse siempre de nuevo, en escuchar siempre con docilidad, en el amor dulcemente abandonado que se enciende y languidece siempre de nuevo, en la mirada admirada dirigida al divino Maestro. (TF 277)

Es decir, hay que permanecer enamorado, con el amor de la juventud (cf. Jer 2,2). Cuando nos permitimos envejecer ante el Señor él nos invita a regresar “tengo esto contra ti, has dejado tu primer amor. Date cuenta, pues, de dónde has caído, arrepíentete y vuelve a tu conducta primera” (Ap 2,4-5).

4. La adolescencia espiritual permanente

Vimos más arriba que existe un infantilismo, que no es cristiano. También hay un modo de ser “juvenil” que no es cristiano: por eso no hay que confundir la juventud permanente del cristiano con una especie de adolescencia espiritual permanente. Aquí hay que recordar lo que enseña el P. Balthasar (inspirado por los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, en particular el n. 365¹²) acerca del Espíritu Santo, que da a la Iglesia tanto las novedades “carismáticas” y como su aspecto institucional. Para entender esto podemos pensar en San Francisco: le fue concedida una novedad imprevisible para la vida consagrada, pero siempre buscó la aprobación de la autoridad eclesiástica.

¹² “Debemos siempre tener, para en todo acertar, que lo blanco que yo veo creer que es negro, si la Iglesia jerárquica así lo determina; creyendo que entre Cristo nuestro Señor, esposo, y la Iglesia, su esposa, es el mismo espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras ánimas, porque por el mismo Espíritu y señor nuestro que dio los diez mandamientos es regida y gobernada nuestra santa madre Iglesia”.

También puede ayudar a entender esto recordar que la juventud es el momento de las grandes decisiones, humanas y cristianas. Quien no se decide, quien no se compromete, permanece siempre un adolescente sin forma. En cambio quien es joven se decide: p. ej. decide casarse y tener hijos, o consagrarse al Señor. Esto significa tomar una forma cristiana, institucional. Al mismo tiempo casarse o consagrarse son ese tipo de locuras que sólo quien es joven puede hacer¹³:

El cristiano tiene el privilegio de seguir siendo, hasta el fondo y en todo lo que hace, un «poeta», un exaltado a los ojos de este mundo; no en el sentido propio de ciertas sectas extrañas al catolicismo, que carecen de la disciplina eclesíastica y degeneran en el infantilismo; sino en el sentido del entusiasmo juvenil por un modelo descubierto y elegido. (TF 277)

El modelo es Cristo, quien “trajo consigo toda novedad, porque se trajo a sí mismo”¹⁴. Quien lo sigue “mantiene vivo el júbilo del corazón incluso en la vejez y reaviva siempre su llama”. (TF 277)

El Papa Francisco da un consejo para permanecer jóvenes – incluso en la vejez – que al mismo tiempo sirve para no permanecer eternamente adolescentes caprichosos: saber soportar en las adversidades y soportarse mutuamente en el amor:

El que es paciente es aquel que, a la larga, ¡es el más joven! Pensamos a aquellos ancianos y ancianas en los asilos, aquellos que han soportado tanto en la vida: Miramos sus ojos, ojos jóvenes, tienen un espíritu joven y una renovada juventud. Y a esto nos invita el Señor: a esta renovada juventud pascual por el camino del amor, de la paciencia, del soportar las tribulaciones y también - me permito decirlo - de soportarnos el uno al otro. Porque también debemos hacer esto con caridad y con amor, porque si yo debo soportarte, estoy seguro que tú me soportas y así vamos adelante por la senda del camino de Jesús. Pidamos al Señor la gracia de este soportar cristiano que nos da la paz, de este soportar con el corazón, de este soportar gozoso para volvernos cada vez más jóvenes, como el buen vino: más jóvenes con esta renovada juventud pascual del espíritu. Así sea”¹⁵ (Francisco, Homilía a Santa Marta, 7 de mayo 2013)

El cristiano, aún en su vejez corporal, si se deja acompañar por Cristo y por su Espíritu, permanece niño y joven:

La Palabra ha muerto como un joven y ha vuelto al Padre. Se le ha dispensado de la curva declinante de la vejez. No hay ninguna sabiduría cristiana de la vejez. Cristo no se hace viejo con los viejos, sino que acompaña su vejez con su continua niñez y madurez. (TF 282).

¹³ Aquí se puede recordar la novela *El Hombre Vivo (Manalive)* de Chesterton. En ella un esposo, mediante locuras “juveniles”, conquista siempre de nuevo a su esposa.

¹⁴ S. Ireneo, *Adversus Haereses*, 4,34,1. Citado en TF 273.

¹⁵ “Il paziente è quello che, alla lunga, è più giovane! Pensiamo a quegli anziani e anziane nella casa del riposo, a quelli che hanno sopportato tanto nella vita: Guardiamo gli occhi, occhi giovani, hanno uno spirito giovane e una rinnovata giovinezza. E a questo ci invita il Signore: a questa rinnovata giovinezza pasquale per il cammino dell’amore, della pazienza, del sopportare le tribolazioni e anche - mi permetto di dire - di sopportarci l’uno l’altro. Perché questo dobbiamo farlo anche con carità e con amore, perché se io devo sopportare te, sono sicuro che tu mi sopporti a me e così andiamo avanti nel cammino della strada di Gesù. Chiediamo al Signore la grazia di questo sopportare cristiano che ci dà la pace, di questo sopportare col cuore, di questo sopportare gioioso per diventare sempre più giovani, come il buon vino: più giovani con questa rinnovata gioventù pasquale dello spirito. Così sia”.

CONCLUSIÓN

No me abandones, no me dejes,
Dios de mi salvación.
Si mi padre y mi madre me abandonan,
Yahveh me acogerá.
Enséñame tu camino, Yahveh,
guíame por senda llana,
por causa de los que me asechan;
no me entregues al ansia de mis adversarios,
pues se han alzado contra mí falsos testigos,
que respiran violencia.
¡Ay, si estuviera seguro de ver la bondad de Yahveh
en la tierra de los vivos!
Espera en Yahveh, ten valor y firme corazón,
espera en Yahveh.

(Sal 27 [28])

Está muy bien eso de la infancia y juventud permanentes del cristiano... pero ¿qué pasa si la vida me muele a palos? ¿Qué pasa cuando todo me sale mal y el mundo a mi alrededor se desintegra (la familia, la sociedad, España, Europa, etc.)?

Es importante sin embargo saber que yo todavía puedo esperar, aunque aparentemente ya no tenga nada más que esperar para mi vida o para el momento histórico que estoy viviendo. Sólo la gran esperanza-certeza de que, a pesar de todas las frustraciones, mi vida personal y la historia en su conjunto están custodiadas por el poder indestructible del Amor y que, gracias al cual, tienen para él sentido e importancia, sólo una esperanza así puede en ese caso dar todavía ánimo para actuar y continuar. (Benedicto XVI, *Spe Salvi* 35)

Para actuar y continuar. El Espíritu Santo nos concede una mirada de fe, una esperanza que permite permanecer en el servicio al mundo, amarlo. Sostenidos por una gran confianza:

¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada?, como dice la Escritura: Por tu causa somos muertos todo el día; tratados como ovejas destinadas al matadero. Pero en todo esto salimos vencedores gracias a aquel que nos amó. Pues estoy seguro de que ni la muerte ni la vida ni los ángeles ni los principados ni lo presente ni lo futuro ni las potestades ni la altura ni la profundidad ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro. (Rm 8, 35-39. Cf. *Spe Salvi* 26)

Para actuar y continuar. Manteniendo siempre una mirada hacia lo definitivo, que acompaña nuestro compromiso en el mundo, aún en medio de los sufrimientos.

Esta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo y él, Dios-con-ellos, será su Dios. Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado. (Ap 21,3-4)

Esta es la gran esperanza, que sostiene nuestras pequeñas esperanzas y nos permite unirnos a la aspiración, siempre joven, del Espíritu y de la Iglesia:

El Espíritu y la Novia dicen: «¡Ven!» Y el que oiga, diga: «¡Ven!». «Sí, vengo pronto.»
¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús! (Ap 22,17.20).